

LIBROS CRÍTICAS



Casas de pescadores en S'Estaca, en el municipio de Valldemossa (Mallorca), en 2013. MTHALER (GETTY)

NARRATIVA

Una casa, una isla, un mundo

Por Ignacio Peyró

La inflexible vocación literaria de José Carlos Llop (Palma, 1956) le ha llevado a permanecer, sin misantropías ni sobreactuaciones, a una cierta distancia del mundo, en una vivencia de la escritura, según quería Bernard Delvaille, como “clandestinidad superior”. Más allá de constituir un poco frecuente ejemplo de “deber como obligación del arte” en medio de la hoguera de las vanidades culturales, ese apartamiento de Llop en su Mallorca natal, sumado a su afinidad con escritores como el santalucense Derek Walcott, ha propiciado que, al hablar de su literatura, sea común hablar de insularidad. Una insularidad que, compensa adelantar,



ha estado siempre lejos del mero color local: sí, por una parte, la obra y aun la vida de Llop se alinean con esa Mallorca abierta de archiduques, pioneras del turismo y escritores con notas cosmopolitas como los hermanos Villalonga, por otra parte su insularidad se enmarca en

un mundo antiguo y superior, a la vez mítico y vivido, como es el Mediterráneo. Y en la amplia tradición literaria que allí prende, y en la que el propio Llop irá eligiendo una familia más cercana en el espíritu: Patrick Leigh Fermor, por ejemplo, o Lawrence Durrell, muy presentes en estas páginas, como en otras del autor lo ha estado Robert Graves. La insularidad, en resumen, puede leerse en Llop como una forma de arraigo en el mundo, una lealtad al mismo tiempo vital y literaria: por decirlo con Villamediana, una vocación y un destino. Y es desde la fidelidad a ese paisaje de héroes y dioses, de hombres y libros, con un fondo constante de mar, que Llop ha logrado perimetrar un mundo propio reconocible.

Otro arraigo, como es el temporal —tres, cuatro décadas de escritura—, ha terminado por dar un empaque muy importante al proyecto literario del Llop prosista. Este recentísimo *Si una mañana de verano, un viajero* puede leerse como culminación de una estirpe que, en estos 10 años, nos ha llevado desde los veranos de la infancia de *Solsticio* hasta la evocación de una *bildung* generacional en *Reyes de Alejandría* y, más allá, el entretrejo de la historia familiar y la urbana de *En la ciudad sumergida*. Hablamos, en todos los casos, de una literatura del tiempo y la memoria, quizá nunca más pura y concentrada que en este *Si una mañana de verano...*, justamente porque “no es una novela y tampoco una biografía; no es ficción y tampoco es autoficción”. Podríamos decir que es un itinerario: el abandono de

la casa donde el escritor, a lo largo de más de 30 años, se ha dedicado a la literatura en temporadas casi monacales abre el camino a una exploración y balance del tiempo transcurrido desde “los momentos en los que dejamos de ser otros” y, en su caso, decide que la vida será escribir. La presencia poderosa del medio físico —ese mar—, los personajes locales y las caras familiares que rodean al escritor, junto a esa otra compañía que son los libros preferidos, dan vida y quitan solipsismo a esta meditación sobre la soledad y el pasado, es decir, la escritura y el tiempo. Al conjunto le sirve una prosa hipnótica, que nos lleva en círculos concéntricos, con la sensualidad conocida del autor y un culturalismo tan natural como las calmas y las tormentas junto a aquella casa de la vida. Uno de los mejores libros de Llop y un Llop en plenitud de oficio.

Si una mañana de verano, un viajero

José Carlos Llop
Alfaguara, 2024
120 páginas. 17 euros

NARRATIVA

La marca del océano

Por Gabi Martínez

Si, desde el punto de vista humano, la montaña, la selva o el desierto pueden percibirse hostiles, el océano es otro nivel. No hay suelo, o está demasiado abajo, así que la relación “cuerpo a cuerpo” con el agua nos obliga a respirar muy distinto. Además del oleaje. Por eso, el surf despunta como un emblema del trato con lo raro e indomable. La exigencia de este deporte propone un desafío que alcanza a los narradores, porque ¿cómo se narra el agua?

En Occidente, las historias de surf son un fenómeno joven, y por eso, ante la publicación de *Respira*, sorprende que una editorial generalista —Libros del Asteroide— haya presentado, en siete años, tres historias de iniciación protagonizadas por



chavales encima de tablas. Aún más llamativo es que las tres sean tan buenas.

El neoyorquino William Finnegan ganó el Premio Pulitzer con el autobiográfico *Años salvajes*. “Ni siquiera recuerdo si teníamos tele”, escribe Finnegan en esta no-ficción donde relata su época buscando olas por el mundo. Finnegan, como los protagonistas de las novelas *Huntington Beach* (del cali-

forniano Kem Nunn) y *Respira* (de Tim Winton, nacido en Perth), describe cuánto engancha surcar una ola enorme manteniendo el equilibrio, olvidando mierdas mientras vibras entre fuerzas colosales. Las olas se repiten, el ansia por surfear una más grande también, los revolcones, la sensación de miedo y hasta terror, las drogas, el poliglotismo, el éxtasis tras tocar algo semejante a la eternidad, la certidumbre de vivir distinto al resto...

Los tres libros proponen algunas situaciones casi calcadas desprendiendo la sensación de *dejà lu*, pero los narradores logran la tensión y la diferencia necesarias para hacerte esperar la siguiente página como otra ola. Que ofrece algo nuevo. El triunfo de Winton ha sido enfocar de modo insólito el “enigma” de la respiración: “Uno nunca piensa demasiado en la respiración hasta que un día es lo único en lo que piensa”. Es lo que descubre el adolescente Bruce Pike junto a su kamikaze colega Loonie, ambos embelesados por Sando, el veterano que les enseñará a enfrentar monstruos de agua..., pero no a lidiar con las consecuencias de creerse casi héroes.

Respira siempre avanza. Hacia el peligro. A una ola le sigue otra, cada vez más lejana y temible, o tan desconocida que muchos ni siquiera saben que existe. La adrenalina quiere más y afecta a lo cotidiano, convirtiéndose en una condena que los jóvenes no detectan, ofuscados por los retos, confundiendo los fantasmas de los adultos con algo parecido al valor.

Winton firma una historia de amores muy distintos en la que Eva, la pareja de Sando, aparece como un marmoto. Y todo lo explica Pike desde el fondo del tiempo, rememorando su inocencia triturada por unos años abrumadoramente intensos. Las emociones desbordadas a una edad temprana en compañía de personas excesivas es otro rasgo común en estos estupendos surfistas literarios, y quizá por eso Winton comparte con Finnegan y Nunn la voz sobria, elegante y precisa de la desilusión prematura. Esa voz como una marca del océano. De la inmensidad que, además de espuma y tempestades, en ocasiones trae poetas.

Respira
Tim Winton

Traducción de Eduardo Jordá
Libros del Asteroide, 2024. 304 páginas. 20,95 euros

En uno de los mejores libros de José Carlos Llop, el autor hace balance de una vida dedicada a escribir, arraigado a una insularidad que se enmarca en un tiempo antiguo, a la vez mítico y vivido, como es el Mediterráneo